

LA IMPORTANCIA DE LAS INSTITUCIONES FUERTES PARA EL FUTURO DE LATINOAMÉRICA

SEMINARIO "ALTA GESTION EN SEGURIDAD Y DEFENSA"

CENTRO DE ESTUDIOS HEMISFERICOS DE DEFENSA

WILLIAM J. PERRY

UNIVERSIDAD DE DEFENSA NACIONAL

ERIC FARNSWORTH

3 DE JUNIO DE 2019

Gracias Dra. Bolaños, Prof. Alemán, y Director Rudesheim. Es un verdadero placer estar aquí de nuevo esta tarde con ustedes y sus colegas del Centro Perry. El trabajo que hacen aquí en Ft. McNair cada día tiene consecuencias significativas y duraderas. Como saben, estoy orgulloso de haber apoyado al Centro y su importante misión desde su fundación, y me siento honrado de tener la oportunidad de unirme a ustedes hoy como un distinguido orador.

De hecho, este tipo de conversaciones y actividades son precisamente las que contribuyen significativamente a la construcción de establecimientos de seguridad sólidos y profesionales en toda la región que, como todos ustedes saben, ayudan directamente a construir la democracia, resistiendo algunas de las pasiones políticas más grandes que atraen al hemisferio de vez en cuando, pero que pareciera que solo terminan causando turbulencias y dificultades para la gente de la región.

Desde mi punto de vista, los militares y las fuerzas de seguridad tienen no solo un papel importante, sino también un papel vital que desempeñar en relación a estos temas, por lo que quiero agradecerles y felicitarlos a todos por aprovechar oportunidades como el programa de esta semana para discutir y desarrollar más estas actividades.

Gracias de nuevo por esta invitación.

Esta tarde quiero compartir algunos comentarios sobre la importancia estratégica para América Latina de las instituciones sólidas y la buena gobernanza. Esta es quizás la clave para preservar la democracia. Y desde esa perspectiva, la buena gobernanza es, por lo tanto, una cuestión estratégica.

Y me gustaría sugerir que una definición de una institución «fuerte» es aquella que puede llevar a cabo su misión sin temor a una influencia política indebida, que puede «rechazar» y afirmar su independencia cuando interviene la política, y que de hecho puede servir como un freno para las pasiones políticas y la influencia que de otro modo puede abrumar. Esto es de alguna manera una descripción de los militares profesionales. Y en este contexto, la capacidad de planificar para el futuro, con presupuestos independientes y flujos de financiamiento... la capacidad de contratar y despedir empleados por mérito en lugar de política... y la capacidad de llevar a cabo actividades constitucionales sujetas a la aplicación objetiva del mandato de las leyes, son críticas para fortalecer las instituciones y fortalecer la democracia.

¿Qué es lo que con mayor frecuencia hace que los votantes busquen alternativas a la democracia?
¿Qué erosiona la fe en los sistemas democráticos? ¿Qué le permite a los líderes ascender al poder a

través del proceso democrático y luego dismantelar la democracia, a menudo con la gente que los alienta? Me gustaría sugerir que esencialmente lo que lo permite es la falta de instituciones sólidas.

Para que la democracia obtenga y mantenga el apoyo, debe ofrecer beneficios económicos, sociales, de seguridad y políticos ampliamente distribuidos. No solo a nivel macro, sino a nivel micro. Cuando la democracia no da resultado, la gente busca el cambio. Cuando la gobernabilidad no mejora la vida de las personas, las personas buscan cambiar de gobierno.

Estos no son conceptos nuevos, se remontan a la Edad de la Ilustración o incluso a la antigua Grecia. Pero más recientemente, en nuestra región, también hemos reconocido estas realidades.

En la primera Cumbre de las Américas en Miami, a la que tuve el privilegio de asistir, la institucionalidad fue el centro de nuestras deliberaciones sobre la agenda integral acordada por consenso. En 1994, el mundo estaba cambiando y sabíamos que la gobernanza regional también tendría que cambiar, con un mayor enfoque en el desarrollo económico y social para los políticos recientemente habilitados a través de las urnas. Una región relativamente nueva para las prácticas democráticas tendría que garantizar que las personas se beneficiaran al perseguirlas o, de lo contrario, se pondría en riesgo el resto de la agenda general.

Posteriormente, el 11 de septiembre de 2001 en Lima, los líderes regionales acordaron por consenso firmar la Carta Democrática Interamericana que comprometía a los signatarios a perseguir los principios básicos de la democracia y a unirse colectivamente para proteger la democracia donde sea que se la cuestione entre las naciones signatarias. Este fue un avance histórico, pero el optimismo de aquellos días se vio rápidamente abrumado por la llegada al poder de varios gobiernos que intentaban seguir un camino alternativo.

Estos gobiernos llegaron al poder precisamente porque aquellos a los que reemplazaron fueron percibidos como ineficaces, ineficientes, corruptos y preocupados solo por el destino de los políticamente y económicamente conectados. Después de que la primera ola de democracia llegara a un apogeo cuando el cambio de siglo, hubo pocas diferencias en la vida de la mayoría de las personas. Con demasiada frecuencia no se cumplió su esperanza de un futuro mejor: empleos en la economía formal, atención médica adecuada, mejora de la infraestructura, buenas escuelas para sus hijos. Y así, dada la oportunidad, los votantes optaron por el cambio, eligiendo a los que prometían anular los modelos económicos y políticos preexistentes.

Y por un tiempo, el dinero fácil estimulado por los mercados de productos básicos históricamente altos dio la impresión de que realmente había surgido un nuevo modelo económico, y que las expectativas crecientes de los nuevos votantes de clase media serían fácilmente satisfechas por un nuevo grupo de políticos ampliamente populistas. El consumo actual reemplazó a la inversión. El gasto políticamente motivado sustituyó a la buena gestión económica. Al mismo tiempo, las instituciones democráticas relativamente débiles se inclinaron intencionalmente a la voluntad del ejecutivo, incluidos los tribunales, los cuerpos legislativos y las altas autoridades dominantes de las economías, para permitir la implementación fluida de estos nuevos modelos de gobernanza. Se cambiaron las constituciones y, en mi opinión, los peores abusadores fueron aquellos que impulsaron la reelección presidencial indefinida. Con restricciones reducidas y nuevas fuentes de ingresos importantes, explotó la corrupción.

Por otro lado, Colombia es un ejemplo importante de una nación en la que las instituciones rechazaron la personalización de la presidencia. Chile también, por supuesto. Perú se está

encaminando nuevamente. Las instituciones judiciales de Brasil han demostrado ser un poderoso correctivo en el alcance presidencial.

A la larga, por supuesto, los mercados de productos básicos regresaron a la tierra, y el dinero fácil se agotó. Las economías sufrieron, el desempleo aumentó y la inversión, tanto pública como privada, fue diferida. Y, a medida que la ansiedad económica se intensificaba entre los millones de nuevos participantes de clase media, las poblaciones comenzaron a buscar culpables.

En parte, esto ha alimentado el fuerte rechazo de la corrupción que se ha identificado en un país tras otro, lo que ha sido un desarrollo largamente atrasado, aunque perturbador. Estaba claro que algunos ganaban mucho dinero durante el auge; muchos votantes preguntaron, ¿a dónde llegó todo ese dinero?

En la urna electoral durante el ciclo electoral pasado, hemos visto un dramático cambio político resultante, a medida que los votantes buscan instalar líderes que puedan satisfacer mejor las expectativas de crecimiento y desarrollo económico, reducir la delincuencia, atacar la corrupción y castigar a quienes participan en actividades corruptas.

Podría decirse que este es precisamente el fenómeno que impulsó la elección hace un año de Andrés Manuel López Obrador en México, y una mayoría de trabajadores en ambas cámaras del Congreso mexicano para el nuevo y no-probado partido MORENA. También fue un factor primordial que condujo a la elección de Jair Bolsonaro, de Brasil. Tanto Guatemala en unos días como Argentina este año también serán indicadores importantes.

Los votantes son pacientes, pero hay límites. Y los gobiernos que se nieguen a tomar en serio estos asuntos se enfrentarán con los votantes que, eventualmente, decidirán que todo el sistema es corrupto, que una mano fuerte puede enfrentar la corrupción y el crimen mejor que un complicado sistema democrático, y que las bondades de las libertades civiles se pueden dejar a un lado en la búsqueda del crecimiento económico.

Quizás esto es lo que ya está ocurriendo en Nicaragua. Sin duda, llevó a innumerables observadores tanto dentro como fuera de Venezuela a apoyar a Hugo Chávez y a su sucesor, Nicolás Maduro, incluso cuando se hizo evidente que esa nación se dirigía hacia el desastre.

En última instancia, la democracia se basa en la confianza. Confianza en que los líderes pondrán los intereses de sus electores por delante de los suyos, confianza en que prevalecerá la buena voluntad pública y confianza en que los líderes dejarán su cargo una vez que su mandato haya expirado. Y cuando los líderes abusan de la confianza que el público ha depositado en ellos, o se desempeñan de manera inadecuada o ineficaz, la reserva de apoyo que las personas tienen para el gobierno democrático comienza a erosionarse. Cuando la fe en las instituciones democráticas se evapora, incluso en los servicios militares, policiales y de seguridad profesional, aumenta el llamado de la sirena del gobierno autoritario e incluso la dictadura.

Estas cuestiones no son solo teóricas, son reales. Y es una de las razones por las que me complace que su curso se centre en temas como el control democrático de las fuerzas armadas, la adhesión al estado de derecho, la transparencia en el presupuesto y la lucha contra la corrupción y el desarrollo del liderazgo. Estos son los aspectos básicos de la buena gobernanza y las instituciones sólidas en la conducción de la misión que tenemos ante nosotros. Los militares y las fuerzas policiales profesionales son pilares fundamentales de la gobernabilidad democrática y tienen un papel fundamental que desempeñar en la promoción de valores democráticos compartidos en toda

América Latina. Cuando perdemos de vista este mandato, como ocurre hoy en Venezuela, potencialmente perdemos a nuestras naciones.

Al dirigirse al Parlamento británico en 1982, el presidente de los EE. UU. Ronald Reagan dijo que la democracia no es una flor frágil, pero requiere atención... y tenía razón. La democracia es resistente, pero si no renovamos continuamente nuestro compromiso con la gobernanza democrática, tanto en hechos como en dichos, y el público ve estas acciones de manera clara y coherente, corremos el riesgo de una reacción violenta.

No solo contra los gobiernos, sino contra la democracia misma. Y en mi opinión, no hay amenaza estratégica más peligrosa que esa en las Américas. Y la elección es claramente nuestra.